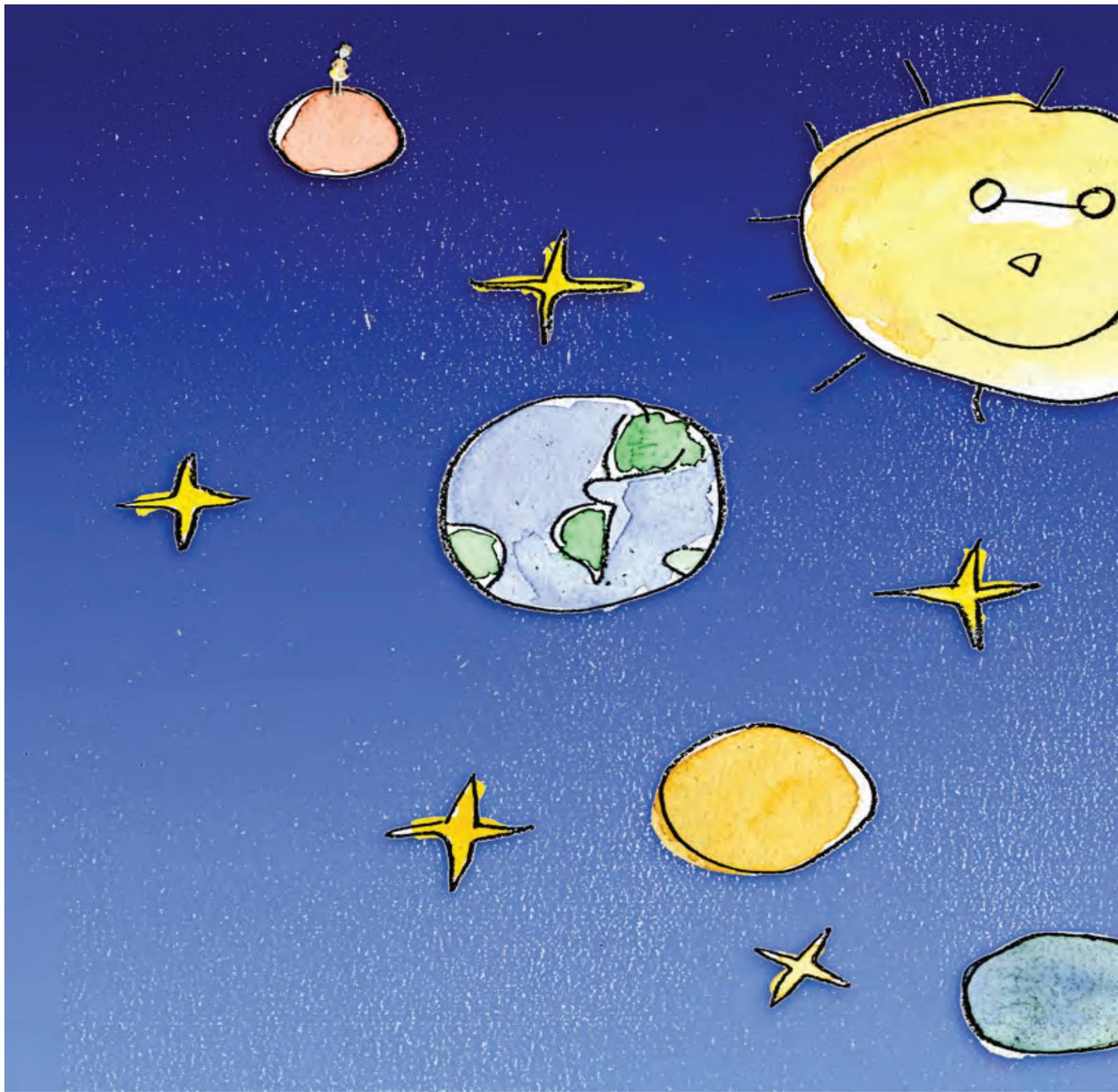


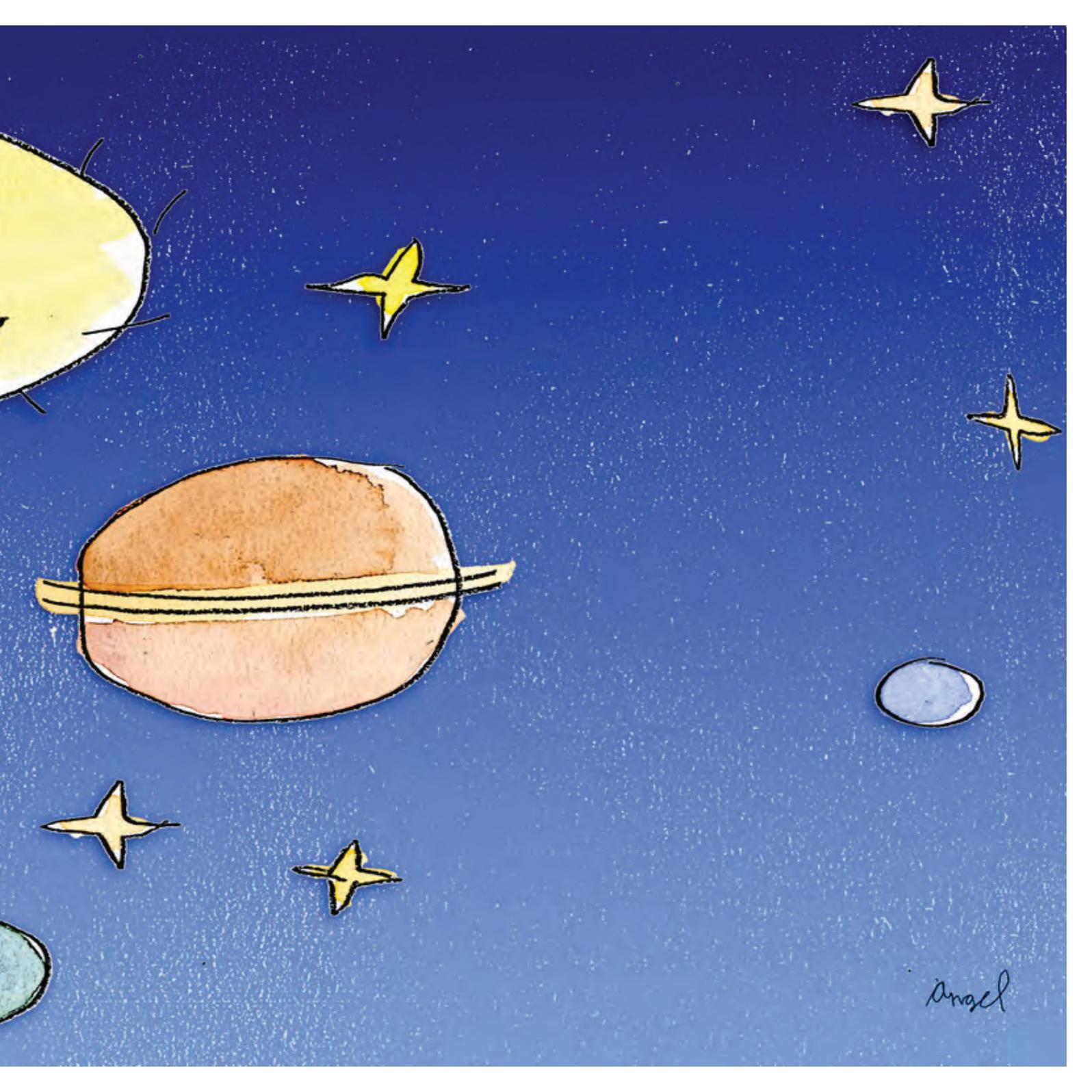
# LUCIA



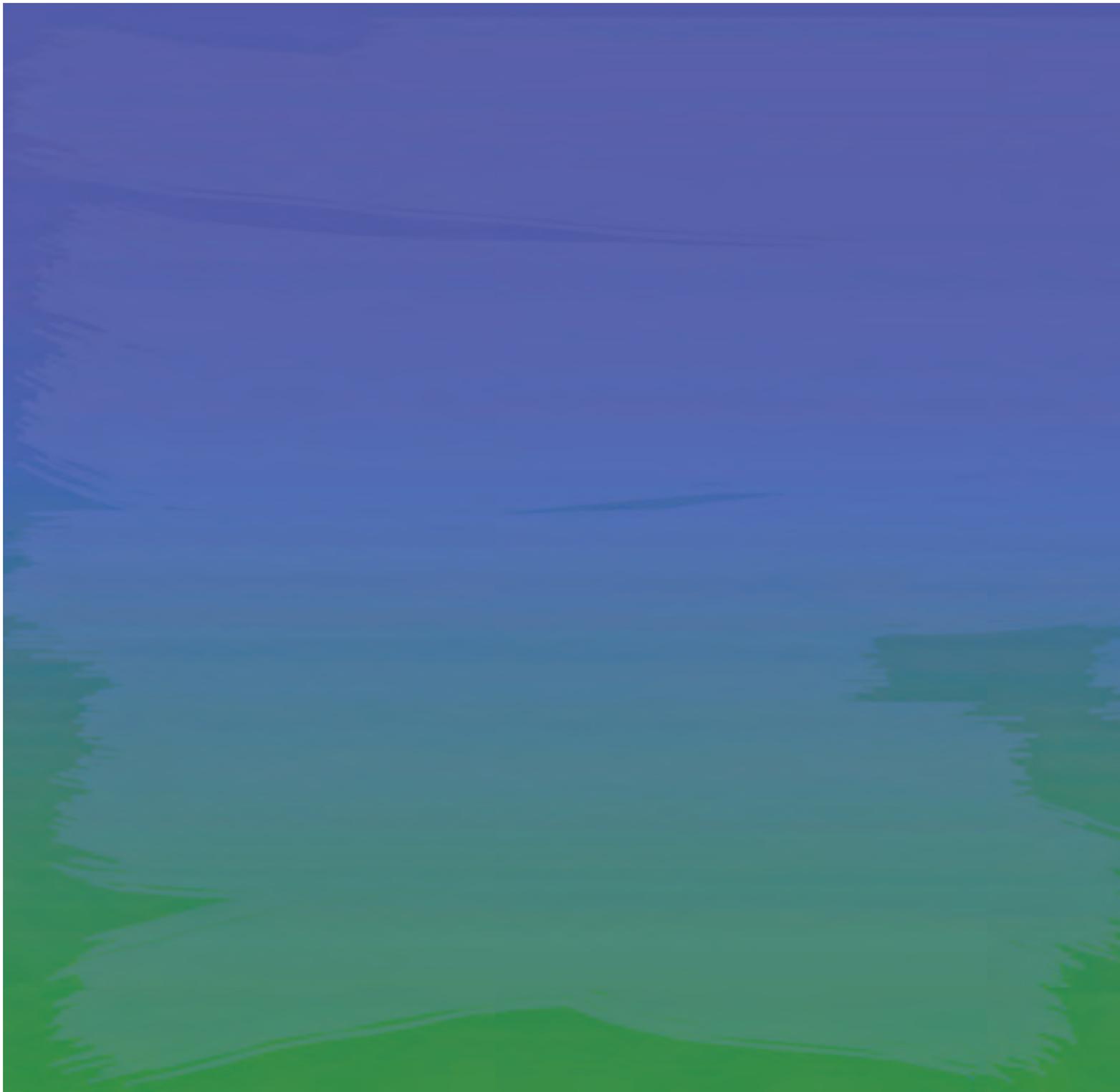
## Y EL PLANETA AZUL

Marina Jurg    Maribel Pérez





Angel



**Marina Jurg**

**LUCÍA  
Y EL PLANETA AZUL**

**con ilustraciones de Maribel Pérez**

# introducción



**Lucía vivió** diez años, más tiempo del que jamás habíamos soñado. Pero para mí fue apenas un breve soplo de aire fresco, porque yo anhelaba vivir con ella para siempre. Su vida fue un misterio inescrutable y enternecedor. Por dejar memoria de ello, mi amiga Monique me sugirió que escribiese un relato. Una vez hecho, Maribel, maestra de Lucía, le quitó casi dos mil páginas y lo embelleció con sus dibujos.

Mi agradecimiento a ambas y a todos los familiares y amigos que tuvieron la suerte de compartir con ella los días azules de su frágil vida.

Marina, la madre de Lucía

**Había una** vez una bella princesa que vivía en un planeta muy lejano y cuyo mayor deseo era poder viajar al Planeta Azul: a la Tierra. Había oído hablar de sus ríos, de sus lagos y de sus inmensos mares, un lugar con tanta agua que daba vida a toda clase de árboles, plantas, animales y seres humanos.

“Por eso debe de llamarse el Planeta Azul”, pensaba en voz alta.

Pero la princesa también sabía que las cosas no iban muy bien allá en la lejana Tierra. Le habían dicho que sus habitantes dependían totalmente de las máquinas para hacer cualquier cosa: trabajar, lavar, viajar, cocinar, hablar... e incluso para jugar. Eso requería fábricas, camiones, carreteras y, por supuesto, mucha contaminación.

“Quizá algún día acabará llamándose el Planeta Gris”, se decía muy triste.

Y antes de que eso ocurriese, la princesa ansiaba visitar ese hermoso mundo. Así que decidió pedirle permiso a su padre. Aunque éste sabía que la princesa era joven y muy aventurera, aquella petición le alarmó, pues ir a la Tierra era físicamente muy difícil y peligroso.

–Puedes viajar a cualquier sitio, menos al Planeta Azul –le dijo, con seriedad.

La princesa miró a su padre con ojos muy tristes, por lo que el rey, enternecido, decidió convocar una reunión con los reyes de los cuatro planetas vecinos para que le dijese su parecer. De modo que se organizó una gran cena y, al acabar, la princesa pudo conocer las decisiones de los cinco reyes.





**La noche** del banquete, el más anciano de los monarcas se levantó de la mesa. En el comedor reinaba un silencio sobrecogedor. La princesa se movió nerviosa en su silla, columpió las piernas y colocó su pelo rubio detrás de sus orejas. Se oyó una tos seca, y después de una larga pausa, aquel rey dijo solemnemente:

–Según nuestros sabios científicos, la princesa podría hacer el viaje al planeta Azul...

Empezaban a oírse gritos de alegría y aprobación, cuando el rey añadió:

–Y podría vivir allí... Pero de hacerlo, no podrá mover voluntariamente ninguna parte de su cuerpo, ni siquiera la cabeza.

–¿POR QUÉ? –gritó la princesa, desesperada.

–Porque en la tierra hay gravedad y la composición del aire es diferente –respondió aquel anciano rey.

# A continuación

habló el segundo rey:

–Nosotros también creemos que la princesa puede realizar ese largo viaje, pero por desgracia hemos descubierto que en el Planeta Azul no podrá ver nada con sus ojos.

Una lágrima caía por la mejilla de la princesa. Ni agua azul, ni flores de colores, ni árboles verdes, ni montañas marrones, ni nubes blancas... Pero antes de que se secaran sus lágrimas, el tercer rey ya estaba preparado para hablar:

–Nosotros tenemos los medios para hacer llegar a la princesa hasta el Planeta Azul, pero hemos descubierto que allí sus oídos no podrán percibir sonido alguno.

La princesa pensó que ya había escuchado lo peor. Sabía que podría realizar su sueño, pero sin moverse, ni ver ni oír. Supuso entonces que lo que podría añadir el cuarto rey sería sin duda algo bueno. Pero no fue así:

–Nuestros científicos también creen que la princesa puede realizar ese largo viaje, pero están convencidos de que en la Tierra su cerebro no podrá desarrollarse con normalidad y que por tanto no podrá reír, ni pensar, ni aprenderá a hablar.

Tras un breve y doloroso silencio, aquel venerable rey prosiguió:

–Además, los fuertes estímulos gravitatorios de la Tierra harán que su cuerpo se convulsione de forma espontánea e incontrolada y que tenga repentinas paradas respiratorias...





**La princesa** sintió que se mareaba. Su  
esperanza se desvanecía. Todo  
había sido un sueño, un sueño imposible. Se sentía incapaz de  
realizar ese viaje en tan duras condiciones.

**Entonces** su padre se puso de pie, y, tras mirarla dulcemente, le dijo:

–Ahora sólo tú puedes decidir si quieres visitar la Tierra. Piensa que allí tu estancia será muy intensa y difícil, aunque quizá sea también sorprendente y hermosa. Si decides ir, tendrás tiempo para disfrutar de las cosas, podrás oler el perfume de mil flores, sentir sensaciones increíbles, disfrutar de sabores insospechados...

**Tu familia** humana te querrá mucho. Sentirás su felicidad y su pena y tú les enseñarás a ser conscientes de otras realidades, no por sencillas, menos importantes. Pues contigo descubrirán que la mayor alegría viene de poder respirar hondo, de comer sano, de relajarse o de dormir profundamente. Y además desarrollarás otro sentido, unas ganas tan intensas de vivir que te harán inmortal. O casi inmortal, ya que en ese planeta todo tiene un principio y un final. Y un día, cuando abandones el Planeta Azul para regresar aquí y ocupar mi sitio en el trono, conocerás el secreto de lo que realmente es importante.

La princesa miró a su padre con los ojos llenos de agradecimiento y solamente asintió con la cabeza. Al día siguiente, todas las naves estaban preparadas para que cada uno de los cuatro reyes regresase a su planeta. También había una nave preparada para el viaje de la valiente princesa, que había decidido finalmente visitar el lejano Planeta Azul.



**En las** montañas de Áger vivía un pastor con sus cabras. Un día estaba echándose la siesta bajo una gran encina que le daba sombra en los días de calor. Su rebaño también descansaba, pues llevaba desde las seis de la mañana paciendo y ahora los animales tenían la tripa llena y el sol resplandecía con fuerza en lo alto del cielo.

De repente, las cabras se pusieron nerviosas. Se oía un fuerte viento y unas alas fluorescentes se acercaban veloces por el cielo. Las cabras empezaron a saltar aterrorizadas, con lo que el pastor se despertó rápidamente, pues siempre dormía con un ojo abierto para proteger a su rebaño de perros salvajes, águilas y serpientes. Miró hacia arriba y sonrió. Sólo era un ala delta volando demasiado bajo y que se disponía a aterrizar allí mismo. Una vez en tierra, la piloto saludó atemorizada con la mano. Tenía miedo de que la volvieran a perseguir con una horca, como le pasara tiempo atrás en Inglaterra. Pero el pastor le saludó amigablemente y las cabras ya doblaron sus patas sobre la hierba para descansar un rato más. La piloto plegó rápidamente el ala delta y se dirigió hacia la encina donde estaba el hombre. Tenía ganas de conocer a un pastor de verdad, pues en su país ya habían desaparecido.

Al cabo de unos meses llegaron las fiestas del pueblo. José, el pastor y Marina, la piloto, se encontraron de nuevo y pasaron la noche bailando. Eran felices, querían seguir juntos y vivir en la montaña con su aire limpio y sano.

**Una** noche de primavera estaban hablando y riendo bajo el cielo del Montsec cuando las estrellas les hicieron callar y se sintieron minúsculos bajo un firmamento grande y desconocido. Súbitamente, las estrellas se multiplicaron y una de ellas fue a caer cerca de donde estaban. Esa noche Marina soñó que estaba embarazada.

En los meses sucesivos, mientras el rebaño pacía por el monte, el vientre de Marina iba creciendo. Marina y José fantaseaban sobre lo sano, fuerte y ágil que sería su bebé, concebido y criado en la montaña. Estarían siempre juntos y sus primeros juguetes serían los cabritos, las piedras, las ramas... y, con sus futuros hermanos, escalarían en busca de cabras perdidas y dormirían en el monte.

El tiempo pasaba rápido. El fuerte viento de otoño soplaba y el cielo estaba tan azul que no parecía real. Era impresionante, como lo era el suave y curioso movimiento que sentía Marina en su vientre. En enero llegó la nieve al Montsec y, con ella, el bebé.



**Como** un cometa bajó la princesa hasta la tierra y justo antes de que su cabeza tocara el suelo, la comadrona la cogió.

–¡Un parto fantástico y muy rápido!” –gritó la comadrona mientras ponía el bebé en brazos de Marina.

–Es guapísima y brillante como la luz. Se llamará Lucía –dijeron sus padres al verle los ojos por primera vez.

Los brillantes ojos de la princesa miraban curiosamente a su alrededor.

–¡Puedo ver! Esto no es lo que me dijeron en mi planeta –pensó feliz.

Lo primero que vio fue la gran sonrisa de Marina, y después la mirada cariñosa y observadora de José. Detrás

de ellos todo era de un blanco cegador.

–¿Y éste es el planeta azul...? ¿Dónde está el agua y el cielo azul, los árboles verdes y las montañas marrones? –pensó la princesa desilusionada.

Un poco más tarde, cuando estaba en la cama con Marina, ésta le susurró al oído:

–Tranquila, pronto nos iremos a casa.

Entonces Lucía comprendió que el color blanco y el olor intenso a betadine eran pasajeros.

–¡Puedo oír! ¡Los reyes se han equivocado! –pensó sorprendida.

# Poco a poco

se organizó una gran fiesta alrededor de su cama. Toda la familia había venido a verla, quedándose prendada de su belleza. Lucía estaba muy contenta de ver tantas caras felices y oír tantos cumplidos. Todo iba bien. Sólo había un problema, le costaba tragar y no podía tomar la leche.





**Dos días** más tarde, José vino a buscarlas eufórico. Pero por desgracia Lucía no pudo marcharse, pues debía permanecer en una cajita de cristal que le controlaba el corazón, la respiración y le suministraba el alimento. José y Marina sólo podían acariciar a su hijita media hora al día. Cuando Lucía sentía sus manos, quería cogerlas muy fuerte y no soltarlas nunca más, aunque no podía, pues no tenía fuerza en los brazos ni las piernas.

Por fin los médicos descubrieron que Lucía padecía una enfermedad grave y poco conocida, con una corta esperanza de vida. Siempre sería un bebé frágil, con convulsiones y problemas respiratorios. Y lo peor era que los médicos no podían hacer nada para mejorar su calidad de vida... Así que, después de todo, los reyes no se habían equivocado.

–¡Lucía, nos vamos a casa a respirar el aire de la montaña!”  
–dijo Marina con cariño.

Lucía vio como los labios de su madre se movían, pero sólo oyó un fuerte zumbido, como un rumor de miles de abejas cantando. Pasaba algo extraño y se asustó mucho cuando al salir del hospital, José gritó alborozado y al instante a ella le sobrevinieron unas fuertes convulsiones. Había llegado el momento de conocer el Planeta Azul y sus padres la acariciaban y la besaban intentando relajar sus músculos.

Ahora Lucía viajaba tranquila en el regazo de Marina. Había descubierto algo más: sólo podía oír los gritos fuertes y graves, como los de su padre. Después miró por la ventana del coche y vio cómo se desdibujaba poco a poco la ciudad, hasta que por fin aparecieron las montañas.



# Una mañana,

José y Lucía se fueron de excursión por la montaña. Ella iba calentita, dentro de la manta, colgada del cuello de su padre.

José miraba a Lucía y disfrutaba de su tranquila mirada. Quería mucho a su princesita. Lucía también era muy feliz con su padre, un hombre paciente y observador que la entendía muy bien. Cuando tenía hipo o dolor de tripa, siempre sabía cómo aliviarla.

El azul del cielo brillaba en sus ojos y los dos disfrutaban intensamente de ese momento. De repente, todo se volvió negro y Lucía buscó aire para respirar. Sus ojos se desviaron y su cuerpo se contrajo. Después notó muchos besos, caricias y palabras suaves. Entonces cerró y abrió los ojos una y otra vez, pero ya no podía ver nada.

Cuando llegaron a casa, sus primos Jessica y Daniel la esperaban para el baño. Jessica la cuidaba siempre con mucho cariño. Aquel día la secó suavemente, le hizo un masaje, le puso el pijama y se la colocó en la falda para ver después, todos juntos, una película.

–Aaaaaaaaahhhh –musitó Lucía,

No veía a Jessica, ni oía la película, pero sentía más que nunca cada una de las emociones del momento.



# Un día en que

Lucía estaba practicando sus ejercicios en la falda de Marina, notó algo diferente, sintió unos movimientos en el vientre de su madre. Le hubiera gustado salir corriendo para explicar la noticia a todos los demás, pero no podía. Y justo después de su primer cumpleaños nació, muy pequeñito, su hermano Ángel.

Ahora iban casi cada día al Montsec, donde estaba su padre con las cabras, y descansaban juntos tumbados bajo el romero en flor. Lucía oía gritar a Ángel cuando tenía hambre y sentía sus gorjeos cuando tenía su tripita llena.

El tiempo pasaba y Lucía continuaba pendiente de los juegos de su hermanito. Sentía cómo los palos se movían en el aire para cazar jabalís, cómo temblaba la tierra cuando esos grandes animales caían al suelo...

Tumbada en la montaña también descubrió cómo el viento jugaba con los olores. Su nariz olía el aroma del pino, del tomillo, del musgo y del romero. Lucía notaba cómo la montaña bailaba a su alrededor y sentía el brillo de los rayos del sol entre las hojas de los árboles.

Una tarde, después del cole, llegaron paseando hasta un sitio muy bonito, no muy lejos del pueblo. Un rincón verde como un oasis, con una fuente cantarina, rodeado por la cordillera del Montsec.

–Aaaaaaaaaaaaahhhh –dijo Lucía.

Había notado que ese era el lugar perfecto para la casa de sus sueños, una vivienda amplia y sin escaleras para no tropezar, con una entrada fácil y una baranda bien ancha para colgar hamacas. Ángel estaba totalmente de acuerdo y añadió entusiasmado:

–Aquí hay mucho espacio y papá podrá traer sus cabras, de modo que nos veremos todos los días.

**Así que** compraron el terreno, plantaron árboles frutales y una viña, cultivaron un gran huerto al lado de la fuente y construyeron una amplia granja para las cabras. Después empezaron a construir el palacio, pero antes de que lo acabaran, Lucía volvió a descubrir una nueva vida en el vientre de su madre.

A Marco le tocó criarse con las cabras en la granja. Los primeros cabritillos que nacieron tenían su misma edad, aunque él no les hacía mucho caso, pues prefería dormir junto a Lucía. Siempre estaban los dos cochecitos juntos, en la granja, en el huerto y en la casa nueva.

Cuando Marco empezó a gatear le llevaba a Lucía todo lo que encontraba en sus viajes de exploración, caracoles, arena, chupa-chups...

Un día Ángel explicó a sus padres que los niños del colegio le habían preguntado qué le pasaba a Lucía, y que, a partir de aquella simple pregunta, él se había dado cuenta de que su hermana era diferente. Ahora estaba sorprendido y contento de que Marco supiera gatear, reír y chapurrear palabras.



Los meses de verano eran los mejores. Iban mucho a la piscina, donde ella se relajaba flotando con su cabeza sobre el cojín inflable y haciendo surcos en el agua como una lancha motora.

Lucía también disfrutaba de los rojos y naranjas del otoño y del blanco invierno, aunque entonces solía estar más constipada. Menos mal que siempre llegaba la primavera verde y fresca, con los cantos del cuculillo y el ruiseñor. Las vibraciones de sus conciertos matutinos reconfortaban a Lucía.



De esta forma, las estaciones iban pasando y, con ellas, los años en que Lucía iba a estar con su familia.





**Las comidas** siempre eran una fiesta.  
Transcurrían sin prisa,  
conversando y probando los productos del huerto y la granja.  
Comían todos lo mismo, aunque Lucía se lo comía bien triturado,  
sentada en su trono: la falda de Marina.



**Después de** cenar, ella los invitaba a pasear por las estrellas. A la luz tenue de la noche, Lucía cogía la mano de Marina, ella la de José y él las de Ángel y Marco. Y más rápido que en una atracción de feria, volaban y giraban por el cielo. Entonces, Ager se convertía en un pequeño punto cerca del Mediterráneo y, al instante, el Planeta Azul era tan solo una pequeña pelota. Ligeros como plumas daban vueltas dibujando figuras y riendo. No tenían miedo, y llegaban hasta la Osa Mayor y la estrella Polar guiados por Lucía. Cuando los pequeños tenían sueño, Lucía los llevaba a todos de nuevo a casa, y aterrizaban suavemente en sus camas.



**Tres días a** la semana, Marina cargaba el carrito, en la parte trasera del coche. Los chicos corrían con sus mochilas para poder subir primero.

–¡Primero Lucía! –decía Marina.

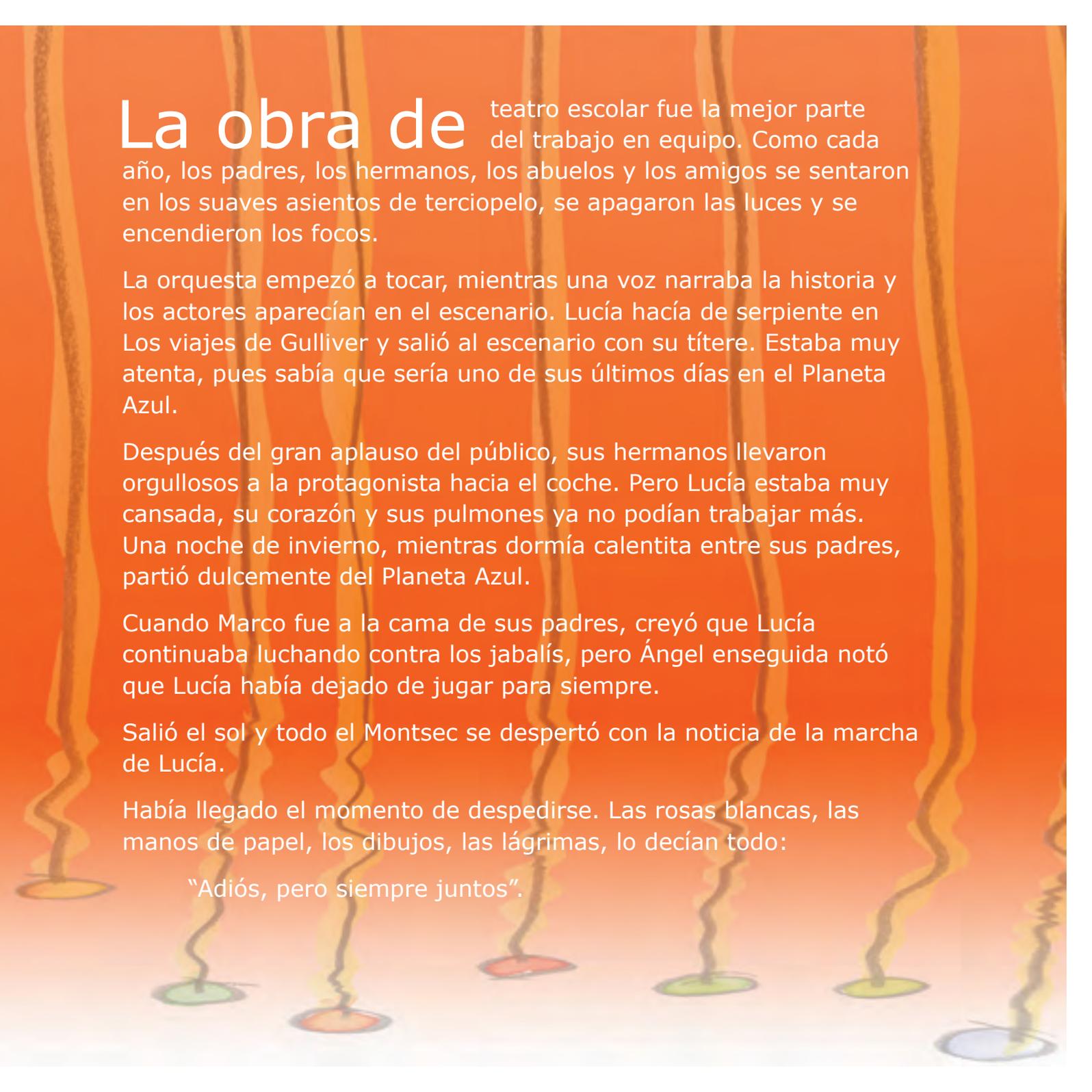
Entonces colocaba a Lucía dentro de su manta en el asiento de atrás, Ángel se sentaba a un lado con los pies de Lucía en su regazo y Marco subía delante en su sillita. Iban los tres al colegio y el olor del campo se mezclaba con el de los lápices, las cifras y las letras. Y para Lucía con los olores nuevos del papel, la pintura y el pegamento.

Cuando llegaba a su colegio, en Balaguer, subía la rampa y en la entrada la esperaban sus compañeros. Lucía iba a “la clase de las nubes”. Una clase con el suelo de corcho, espumas de colores, colchonetas, y unas cortinas en la entrada que hacían cosquillas en la cara.

Unos días trabajaba con sus manos y sus pies porque tocaba pintar y experimentar con pintura, piedras, hojas, hielo de colores, café, harina... Otros días se balanceaba, giraba y se movía por encima de las nubes, viajaba en tren, en coche o encima de un caracol. Pero no soñaba, estaba trabajando y haciendo sus ejercicios. Después se preparaba un buen vaso de zumo y sentía la vibración del exprimidor. Estaba buenísimo y, con azúcar, aún mejor.

También hacía deporte. Vestida con su chándal de uniforme, participaba en todas las carreras con su veloz silla de ruedas.





**La obra de** teatro escolar fue la mejor parte del trabajo en equipo. Como cada año, los padres, los hermanos, los abuelos y los amigos se sentaron en los suaves asientos de terciopelo, se apagaron las luces y se encendieron los focos.

La orquesta empezó a tocar, mientras una voz narraba la historia y los actores aparecían en el escenario. Lucía hacía de serpiente en Los viajes de Gulliver y salió al escenario con su títere. Estaba muy atenta, pues sabía que sería uno de sus últimos días en el Planeta Azul.

Después del gran aplauso del público, sus hermanos llevaron orgullosos a la protagonista hacia el coche. Pero Lucía estaba muy cansada, su corazón y sus pulmones ya no podían trabajar más. Una noche de invierno, mientras dormía calentita entre sus padres, partió dulcemente del Planeta Azul.

Cuando Marco fue a la cama de sus padres, creyó que Lucía continuaba luchando contra los jabalís, pero Ángel enseguida notó que Lucía había dejado de jugar para siempre.

Salió el sol y todo el Montsec se despertó con la noticia de la marcha de Lucía.

Había llegado el momento de despedirse. Las rosas blancas, las manos de papel, los dibujos, las lágrimas, lo decían todo:

“Adiós, pero siempre juntos”.

**Lo primero** que hizo la princesa al regresar a su planeta fue correr a arrojarle a los brazos de su padre. De repente, al mirar a su añorada hija, el rey notó la tristeza en su rostro . La princesa le dijo:

–Sí papá, es muy bonito estar de vuelta, pero les echo ya tanto de menos...

–Es normal, cuando uno ha sido feliz –le contestó su padre–. Pero no te preocupes, vives en ellos. Te recordarán en el olor de las flores, en las estrellas de la noche y en el azul de esa agua que tú tanto amabas. En casa, en el colegio, en el Montsec, en Holanda... Todos pensarán en ti con alegría y continuarán sintiendo tu dulce silencio.

Las palabras de su padre provocaron una gran sonrisa en su bonita cara y ya la princesa empezó a hablar con entusiasmo de sus hermanos:

–Eran mis mejores amigos. Les dejaba hacer carreras con mi carro, porque cuando me sentía mal, me dejaban tranquila y me cuidaban. Y lo más importante, sabían esperar...

**Sin parar ni** para respirar, siguió hablando de sus amigos del colegio, de la excursión a su casa para ver las cabras y probar su leche, de los tambores africanos que hicieron vibrar su corazón... Luego, un poco más triste, añadió:

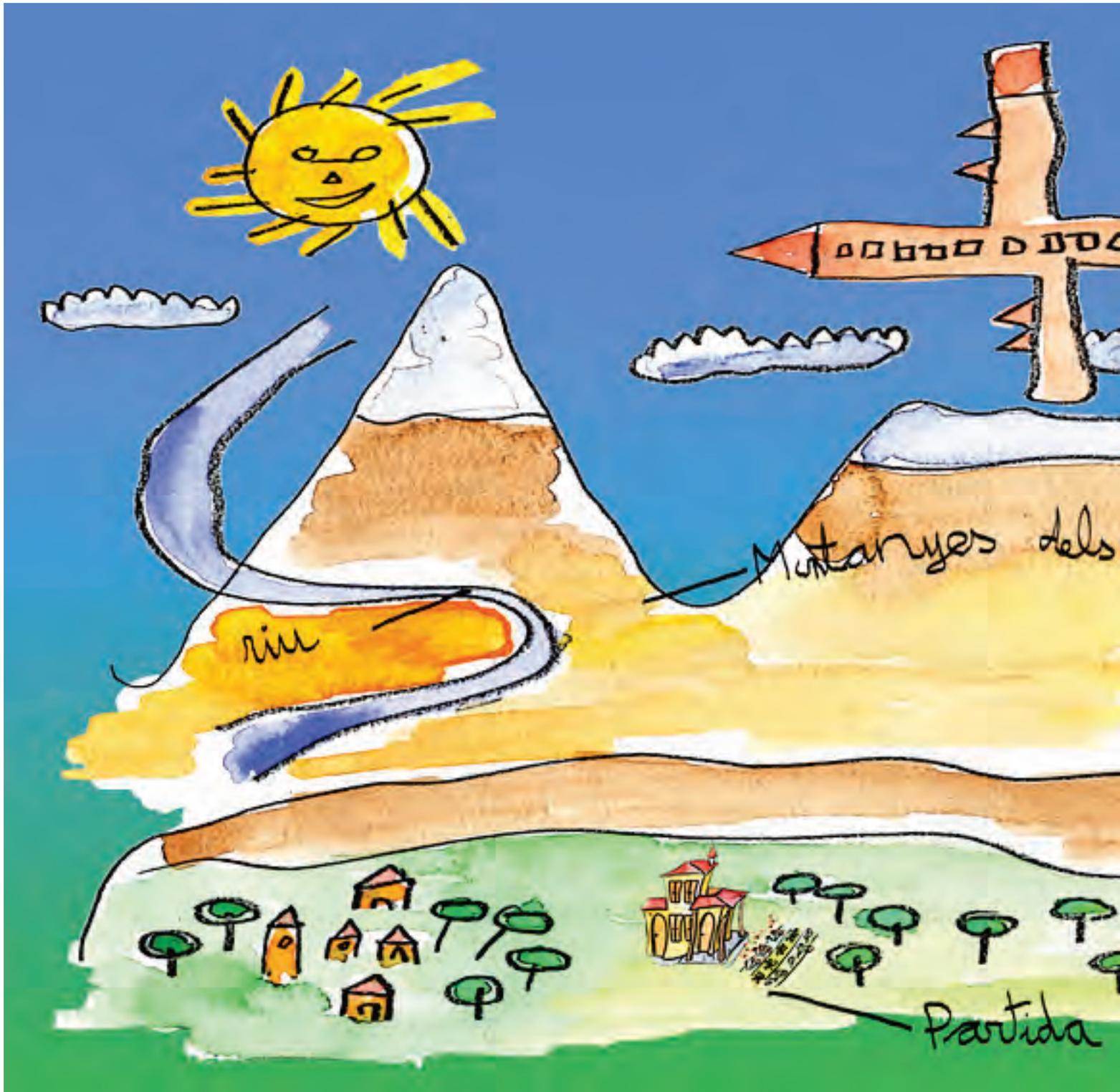
–Pero en la calle era diferente. La gente me miraba de una manera extraña y sus ojos me seguían hasta que no podían girar más la cabeza. ¿Piensas que sabían que era de otro planeta?”.

A lo que el rey contesto con ternura:

–No. Y seguramente ni comprendían cómo disfrutabas de los sabores, de los olores, de la luz del sol, del aire sano de la montaña y, sobre todo, de la compañía de los que te querían... Has vivido grandes experiencias mi princesa y, por ello, es la última vez que te llamo así.

Entonces, el rey cogió lentamente la corona de oro de su cabeza y la puso, con un gesto de respeto, en la hermosa cabeza de Lucía.

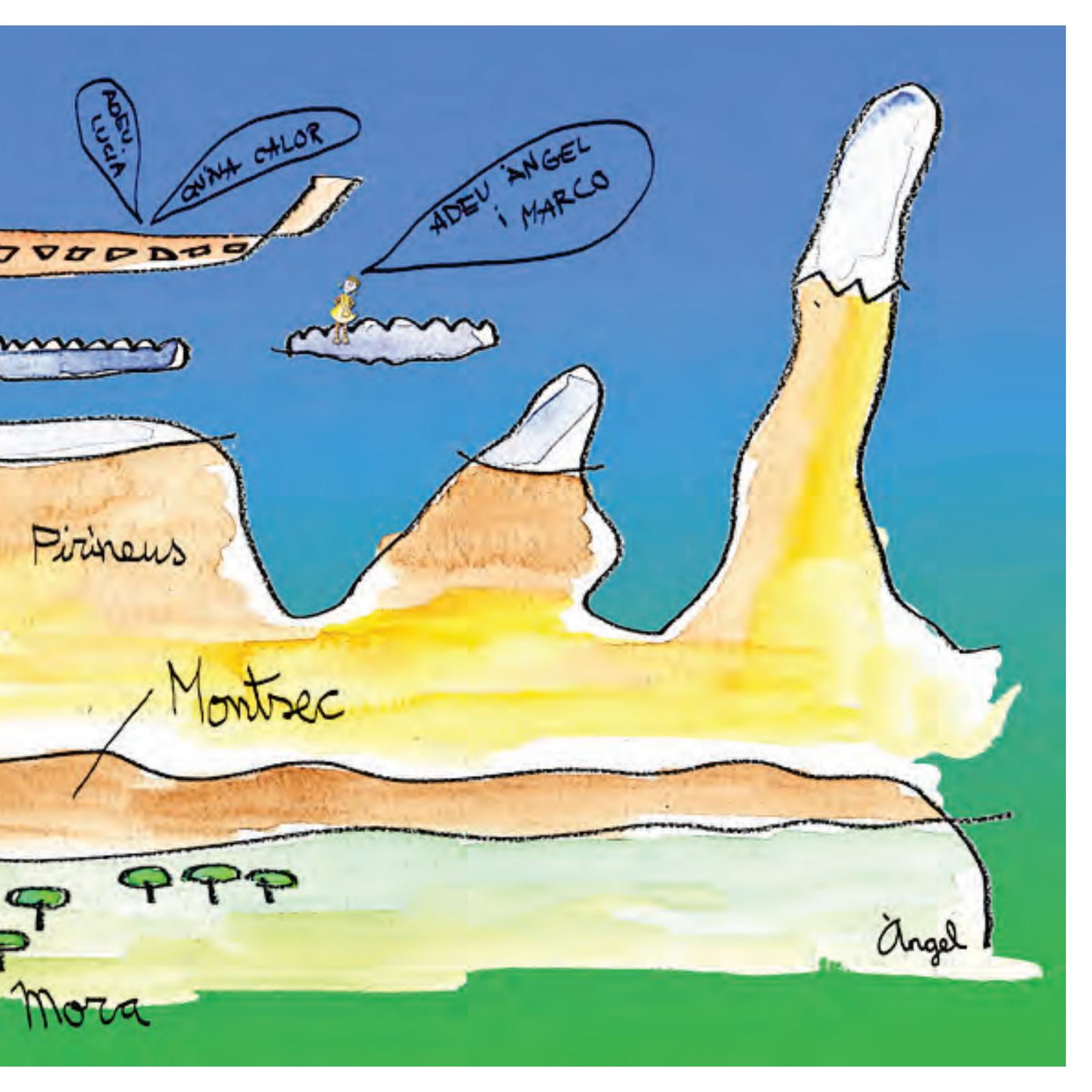




riu

Montañas de los

Partida



ADEU LUCIA

QUINA CALOR

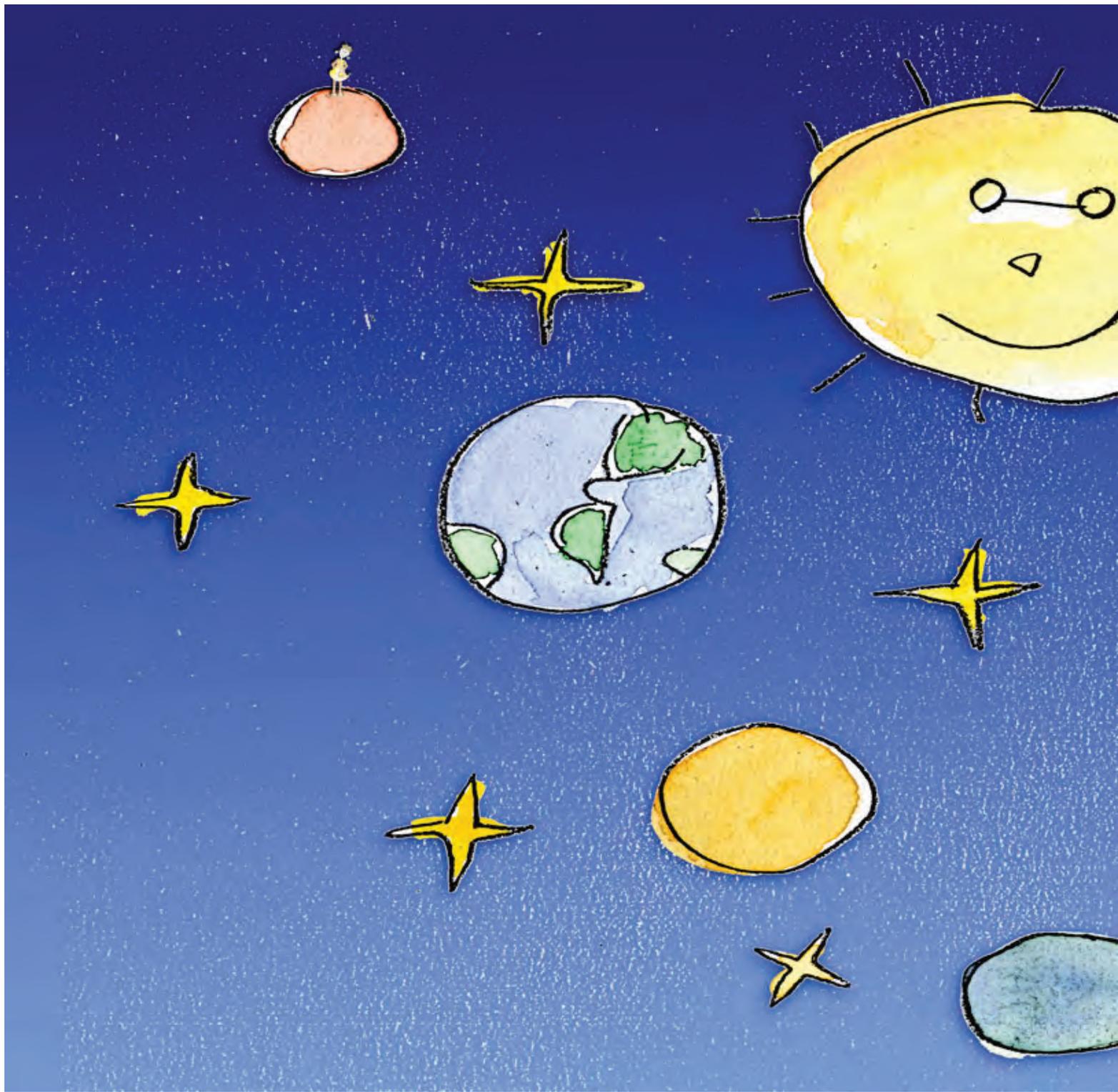
ADEU ÀNGEL I MARCO

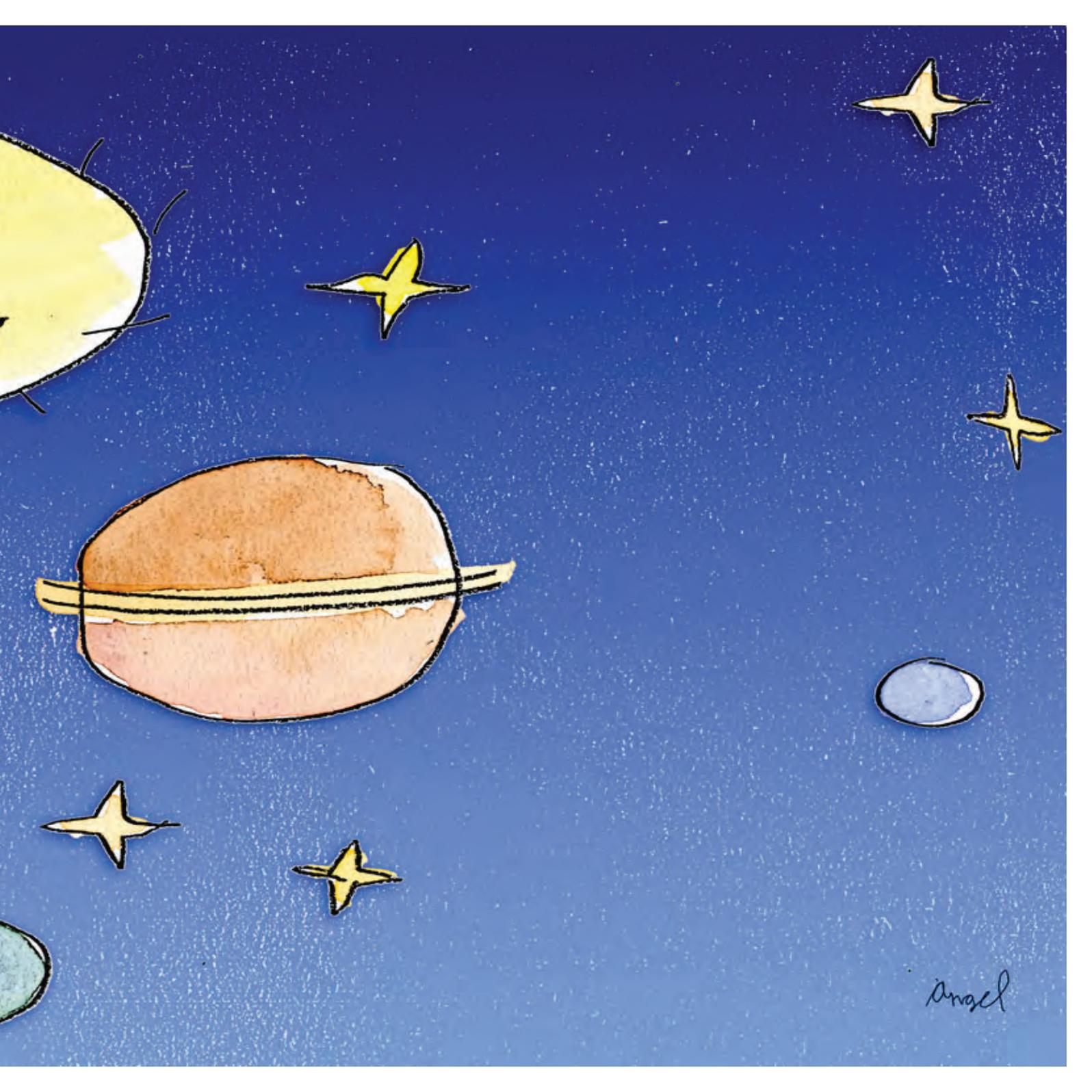
Pirineus

Montsec

Àngel

Moza





angel



Aqui está Lucia!